



Palabra apasionada

Juan Ignacio Vara

Dijo Jesús a sus discípulos: "He venido a prender fuego en el mundo, ¡y ojalá estuviera ya ardiendo! Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla! ¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz? No, sino división. En adelante, una familia de cinco estará dividida: tres contra dos y dos contra tres; estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra." (Lucas 12, 49-53).

Por lo general, el Jesús que encontramos en el evangelio de Lucas es más bien calmado, contador de parábolas que, aunque toquen donde duele, no hieren con su lenguaje. Llevamos unos domingos disfrutando con las instrucciones del maestro para los discípulos, en las que Jesús echa mano de una sabiduría sapiencial, conocida en las comunidades judías. Por eso, el texto que compartimos hoy irrumpe con un color y un calor diferentes, como de fuego. Es un texto apasionado, en el que no se "enseña", sino en el que la persona que habla está abriéndose y dejando que, quienes escuchamos, penetremos en su interior. Y en esa hondura del adentro de Jesús está el gozo de haber hecho su trabajo de voz y presencia del Reino, a la vez que la frustración porque el fuego que él prendió no hubiera quemado más malezas.

He venido a traer fuego de Espíritu... en Lucas, ese fuego del Espíritu será una de las presencias más repetidas, desde el comienzo de su evangelio. En las primeras comunidades se sabían testigos de ese Espíritu y, a la vez, eran conscientes de que había fronteras que el fuego no había podido rebasar. Sabían también, por experiencia, que bastantes hermanos habían pasado por aquel bautismo de dolores que Jesús confesaba que tendría que vivir con angustia. Él les había dicho a los de Zebedeo que beberían el mismo cáliz que él y la vida iba enseñando que no eran palabras, sino hechos.

¡Qué fuerte que, quien predica un Reino de Dios en paz, verdad y justicia, proclame que él no ha venido a "traer la paz" y que, entre quienes decidan seguir su camino, habrá profundos abismos y divisiones, procedentes no solo de los ámbitos de los grandes poderes, sino nacidos en el entorno más inmediato y vinculado al ser personal, que es la familia! Si recordamos los evangelios, veremos que Jesús está hablando de su propia experiencia en relación con su propia familia, que andaba buscándolo para pedirle que se callara porque "pensaban que estaba fuera de sus cabales" (Mc 3,21 y Jn 7, 5). Y, en las primeras iglesias, las divisiones internas nacieron de la diferente manera de comprender el fuego que él había venido a prender. Santiago, el "hermano del Señor" fue uno de los más reacios a cambiar.

No es ningún secreto, porque las TVs e Internet lo difunden a diario, que el fuego del Espíritu no es un macro fuego en el mundo, si lo miramos cuantitativamente. Tampoco es ningún secreto que se alzan voces muy cristianamente amargas dentro de la Iglesia Católica contra Francisco y sus esfuerzos por acercarnos al fuego del Espíritu, que no vino ni viene para quedar en los lienzos de Pentecostés del Greco, sino para prenderse en los corazones de carne de quienes vivimos y en las redes de interacciones de las personas que hacemos la sociedad. Nuestro Jesús no era un soñador de utopías y sabía que, en la tierra, jamás habría una plenitud total del Reino. Se contentaría con que, en muchas esquinas de la vida, se encendiera una antorcha de amor para las noches de frío y se abrieran más centros de desintoxicación de tanta felicidad a la carta. Que hoy, con más frecuencia de la deseable, todavía sigue habiendo quienes, por Jesús, tienen que recibir bautismos de sangre. Buenos días.